

Miniabuelos.

Por FRANCISCO ALMAGRO DOMÍNGUEZ

Un eminente profesor de Medicina solía decir que jamás iba a jubilarse; que aunque fuera con bastón o en sillón de ruedas, seguiría asistiendo todos los días al trabajo. A la pregunta de por qué, el *Profe* respondía:

- Cuando entro en este hospital, donde llevo trabajando más de cuarenta años, todo el mundo me dice profesor esto, profesor lo otro. Me tratan de usted y, hasta los más jóvenes, me respetan. No hago cola ni en la cafetería ni en el comedor. Pero el día que me retire, en casa me pondrán un par de chancletas, una gorra, la libreta en una mano y la javita en la otra, y me mandarán a la bodega a hacer los mandados. Entonces llegará un cualquiera y me preguntará: "oye viejo, ¿tú eres el último de la cola?".

Con ese relato el veterano profesor quería mostrar la dura realidad de muchos de nuestros ancianos. Después de una vida exitosa en lo profesional y lo social, cuando ya no pueden aportar a la familia bienes materiales como en épocas de juventud, son tirados en un rincón, y apenas se les tiene en cuenta.

Ello sería pasable, en la mayoría de los casos, si no fuera porque muchas veces la exclusión alcanza también a la familia, y en especial a los nietos, segundos hijos cuando ya se está de vuelta; privar a los abuelos de cierta participación en el cuidado y la enseñanza de los nietos es, más que una insensatez, un castigo cruel.

Cuando viven juntos, abuelos y nietos son los que más tiempo comparten si ambos padres trabajan en la calle. Es lógico que los abuelos asuman algunas tareas que, por un lado, aliviarían a los padres, y por otro, les darían nuevos roles o papeles que les harían sentirse útiles en la familia.

Estaría de más subrayar lo beneficioso de la relación abuelos-nietos en el orden afectivo e, incluso, intelectual y cultural, porque los abuelos, debido a tanto vivir, son memorias y saberes que caminan. Así reza una máxima africana: con cada anciano que muere, es como si se hubiera quemado una enorme biblioteca.

Es difícil comprender la actitud de algunos padres que relegan, devalúan a los abuelos frente a sus nietos. Esa desvalorización no se limita a decisiones sobre los horarios, permisos de salida, juegos y amigos. Increíblemente, hay familias que restringen la información y la formación que los abuelos podrían dar a sus nietos con el argumento de que son criterios en desuso, no se avienen a la *moral* de la sociedad actual, o los protegen demasiado.

Los padres que obran de esa forma podrían sospechar que su poder se resquebraja frente a la sabiduría, la paciencia o el carisma de los *viejos*. Creen que reduciéndolos a su expresión *Mini* garantizarán automáticamente la autoridad y el amor de los hijos hacia ellos. Padres con *complejos*; vacíos de espíritu; luz corta en la enorme autopista de la vida.

Es una lástima que hayan padres sin darse cuenta de que ganarían mucho más que un nuevo mensajero con el viejo profesor de Medicina en casa. Tendrían, para empezar, una inagotable biblioteca de sabiduría y amor al alcance de la mano de los que más lo necesitan, sus pequeños hijos.